

# FATALISMO Y ECOLOGIA

Esta fatalidad no tiene remedio y, como dice un bienintencionado amigo, huelga todo lamento, toda censura al progreso tecnológico, que envenena la atmósfera, impurifica las aguas, atruena los oídos y destruye los nervios... Estoy completamente de acuerdo con mi amigo.

LLORENÇ VILLALONGA

«¿Fatalismo de la Ecología?» («El Correo Catalán», 14 diciembre 1971).

LLORENÇ Villalonga es uno de los tres grandes novelistas del siglo en lengua catalana: Josep Maria de Sagarra, Mercè Rodoreda y él. Vayan por delante todos mis respetos lectores hacia el autor de obras como *Bearn* o *Mort de dama*. Villalonga tiene una portentosa habilidad para crear mundos y personajes entrañados más que entrañables. El señor de Bearn tiene una entidad y una validez literaria que en nada debe envidiar al príncipe Salina de «El Gattopardo». Pero Llorenç Villalonga, al parecer, también es ideólogo y cuando el señor Villalonga concentra su imaginación y capacidad de evocación, para llegar a la idea y la teoría, se nos revela bajo unos rasgos que no conocíamos. Como si en el señor Villalonga coexistieran doctor Jekyll y Hyde, el lado bueno lo reserva para su faceta de escritor de novelas y el lado malo para su faceta de ideólogo de periódico. Soy de los firmes partidarios de la libertad de expresión bajo cualquier sistema, y por ello me congratulo de que *El Correo Catalán* haya ofrecido sus páginas al filosofar de Villalonga sobre la Humanidad, la realidad, la civilización, la contaminación atmosférica y el socialismo. Las increíbles ideas de Villalonga es preferible que salgan a la luz, como síntoma de oscuros abcesos normalmente hundidos en las profundidades de la mala conciencia o tan diluidos que se respiran sin corporeizarlos.

Desde hacía muchos años no se habían formulado en ningún medio de expresión español ideas tan aparentemente liberales y realmente represivas como las que el señor Villalonga ha cobijado bajo el título: «¿Fatalismo de la Ecología?». Es muy posible que la habitual habilidad del



novelista para moverse entre máscaras se haya atascado, y Villalonga, ante el papel virgen, no se haya quitado a tiempo el disfraz de Malthus mallorquin.

## El mundo no tiene remedio

La contaminación atmosférica y el riesgo de destrucción del medio ambiente que hace posible la vida humana son, en opinión de Villalonga, situaciones fatales y sin solución:

«Además reconozco que no veo la solución del problema. Guerreros

y místicos, políticos y teólogos lo intentaron durante milenios y no lo consiguieron, si bien estos últimos, los teólogos cristianos, confesaron abiertamente que el mundo no tiene remedio»

¿A qué teólogos cristianos se refiere Villalonga? Hoy día son muchos más los teólogos cristianos que creen en una solución humana para el mundo que los teólogos supervivientes numulíticos del determinismo providencialista encubierto de falsa humildad.

«Contra lo fatal no valen ni ra-

zonamientos ni cañones. Las culturas nacen, crecen y sucumben para volver a nacer».

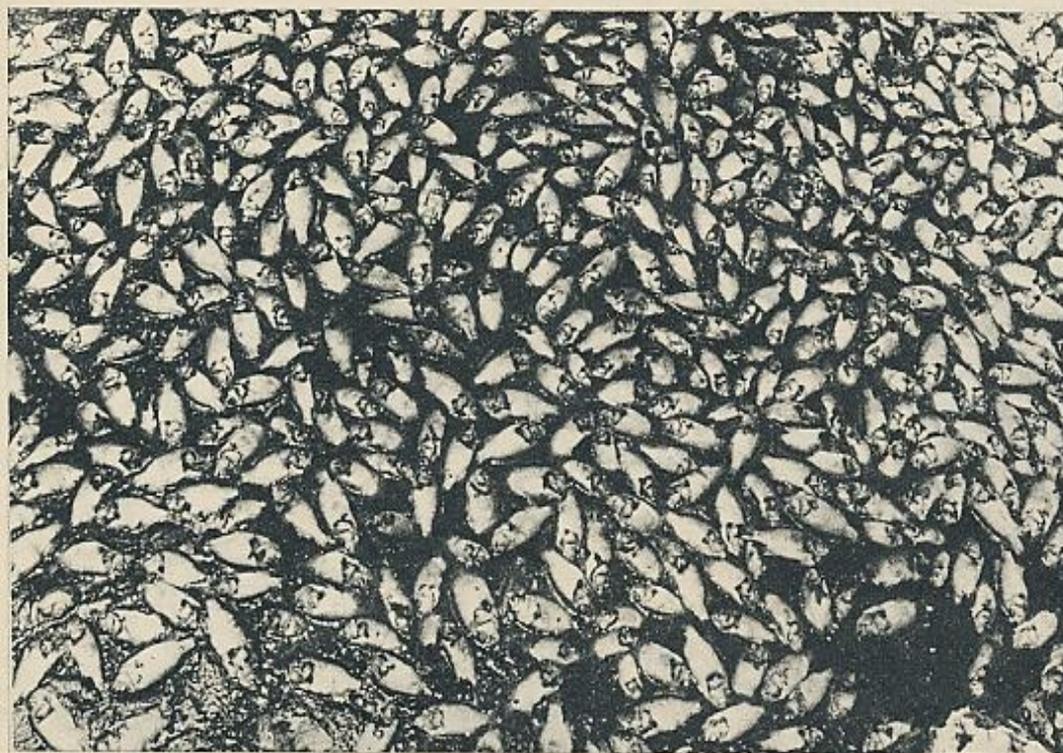
«La vida es lucha; el hombre, el Rey, es fáustico, y su destino es reinar mientras pueda. De no predominar, de no perturbar el equilibrio ecológico, lo harían otras especies».

No conozco ninguna cultura que haya muerto del todo. La cultura humana es un largo río lleno de aluviones, de aguas renovadas, pero que siempre en su acarrero llevan viejas aguas, viejos posos. La supervivencia no está hecha a saltos ni se ha construido gracias a sucesivas destrucciones, sino gracias a sucesivas síntesis. Y en el reinado del hombre sobre la tierra no ha intervenido otro factor que el enriquecimiento de su inteligencia en perpetua dialéctica con el entorno. Esa lucha le ha permitido superar limitaciones, superar sus ignorancias y acercarse progresivamente a evidencias tales como convivencia, confraternidad y humana emulación. Eso es ya evidencia. La supervivencia humana, la continuidad de ese reinado pasa por estas condiciones y a pesar de que todo ello es tan evidente, miles de seres mueren cotidianamente en defensa de sistemas de organización de la sociedad, la vida, la política, la cultura, la economía en consonancia con esas evidencias. ¿Por qué mueren los que luchan por lo que es evidente? Porque hay intereses ligados con todo lo viejo, con todo lo que ya está condenado por la realidad y además hay supuestos *outsiders* dedicados a la contemplación de esta lucha histórica, que adoptan el «slogan» del todo fluye, nada es para evitarse la apuesta por el progreso.

## Una idea de progreso

El señor Villalonga reserva para el final el «quid» confuso de una cuestión clarísima:

«Podríamos acaso, como ya he apuntado, aplazar o acelerar el destino inexorable. Tal vez un socialismo despótico, a la manera rusa, se atreva a limitar los autos, prohibir que las urbes sobrepasen los cincuenta mil habitantes y suprimir industrias innecesarias».



**EL HOMBRE  
DESEA  
SOBREVIVIR,  
Y SI PARA  
CONSEGUIRLO  
HA DE LUCHAR  
POR CIUDADES  
DE CINCUENTA  
MIL  
HABITANTES,  
SIN COCHES  
Y SIN BEBIDAS  
CANCERIGENAS,  
LUCHARA.**

de sobrevivir a sus frenazos, esa ya es otra cuestión. Importa garantizar la vida, la justicia y la libertad, y todo lo que entra en contradicción con la vida, la justicia y la libertad, sobra. El consumo no es un mal en sí. Es un mal como fin independiente de unos medios para conseguirlo. Para que en las ciudades de Occidente la gente se pudra por la contaminación atmosférica, en las ciudades de los países colonizados la gente se pudre de enfermedades y hambre del subdesarrollo. Hay una lógica interna entre ambos despropósitos y cuando las evidencias sociales pueden desviarse o aletargarse viene la ciencia, viene la ecología o el urbanismo a denunciar malsanidades que hasta ahora sólo se habían visto desde percepciones sociológicas, económicas, políticas, culturales.

**El miedo, para usted**

Señor Villalonga. Usted tiene setenta años cumplidos. Si usted no ha vivido con grilletes en las piernas, un anillo en la nariz y un numerito tatuado en las espaldas se ha debido a que desde siglos sus antepasados han luchado por ser tratados como hombres y no como esclavos. Se ha beneficiado de que sus antepasados no fueran tan fatalistas como usted y usted les paga, prefiriendo el seiscientos y las bebidas refrescantes o las camisas lavadas más blancas a la llana, lisa supervivencia. ¿A qué tiene usted miedo? Sólo desde el miedo nace una ideología de holocausto, vieja, conocida, característica de los propietarios de viejas casonas en derribo. Pero no de todos los propietarios.

Yo recuerdo a uno de ellos, al señor de Bearn. Estaba metido en sus contradicciones con los pies, pero con la cabeza asomada al mundo, asomada a la historia. Su artículo más parece obra del reaccionario y sospechoso ahijado del señor de Bearn. Aunque admito que todos llevamos encima lo que nos esclaviza y lo que nos libera y por eso elijo al autor de Bearn, no al autor de estas cinco o seis holandesas de pesadilla publicadas bajo el título: «¿Fatalismo de la ecología?». ■ M. VAZQUEZ MONTALBAN.

sarias y bebidas malsanas... Con ello descendería el nivel de vida y aumentaría la salud mental, pero sería a costa de la libertad y al fin y al cabo, después de los progresos atómicos que pondrán el colofón, no se conseguiría que nuestra Era quedara inmovilizada como —paradójicamente— desearían los llamados progresistas».

He releído este párrafo varias veces, porque no quería creer lo que leía. Para Villalonga lo progresista es consentir la barbarie ecológica de nuestro tiempo, porque garantiza un

nivel de vida bajo un sistema político-económico determinado. Sólo el despotismo socialista soviético —dice Villalonga— es capaz de frenar la destrucción del medio ambiente. De cada diez lectores, nueve leerían este párrafo como una apología indirecta del sistema que permite la supervivencia biológica. Pero leerían mal, porque Villalonga prefiere que muera el género humano de asfixia o del cólera bajo el sistema capitalista.

Estamos ante una peligrosísima opción si Villalonga no introduce un silogismo más generoso para avalar un sofisma tan escabroso.

El hombre desea sobrevivir y si para conseguirlo ha de luchar por ciudades de 50.000 habitantes, sin coches y sin bebidas cancerígenas, luchará. De momento su toma de conciencia de la amenaza ecológica es mínima. Pero llegará un momento en que el capitalismo, incluso el capitalismo señor Villalonga, se sentirá tan acosado por esa toma de conciencia que prescindirá de su anacronismo *laisser passer*, y frenará lo que usted llama progreso, en una clarísima confusión entre necesidades reales y necesidades artificiales. Que el sistema capitalista sea capaz